

## DIOS ¿NOS PONE PRUEBAS?

Eduardo Pérez-Cotapos ss.cc.

Noticias SS.CC. Marzo 2000

Cuando conversamos con un poco de mayor profundidad que lo habitual, rápidamente sale el tema de las pruebas que Dios pone. “Dios me quiere probar”, “Eso es una prueba de Dios”... son expresiones que todos conocemos y que quizá más de alguna vez hemos dicho. Son expresiones que nos sirven para tratar de explicarnos el sentido de situaciones que no logramos entender cabalmente. Con bastante frecuencia hay hechos de la vida que nos desconciertan. Y como la fe nos dice que nada puede ser ajeno a la voluntad de Dios, tendemos a explicarlos como si Dios nos estuviera probando. Intentemos pensar un poco más en ese asunto.

### **Dios no nos pone trampas**

En primer lugar, hay que señalar que Dios no anda buscando tentarnos, en el sentido de andar poniéndonos trampas, a ver si caemos en ellas. Como si Dios fuera alguien malintencionado, o al menos travieso, que le gustara poner palitos en el camino de los demás, para gozarse de sus tropezones y caídas. Imaginarse las cosas así es pensar mal de Dios, como alguien que anda jugándonos a las escondidas con fines torcidos. Pero imaginarse las cosas así, también es soñar que seríamos mucho más poderosos que aquello que efectivamente somos. ¿Es posible pensar que si Dios efectivamente le pusiera una trampa a una persona, ésta confiando sólo en sus propias fuerzas podría salir adelante, sin caer en ella? ¿Acaso somos capaces de mantenernos en el buen camino desprovistos de la ayuda de Dios?

Es decir, imaginarse a un Dios “tentador” de los hombres es pensar en Dios con categorías demasiado humanas. Es pensar en Dios reduciéndolo a nuestros estrechos conceptos humanos. Pero es también imaginarse fantasiosamente las reales capacidades humanas. Es empequeñecer a Dios y agrandar en exceso al ser humano. Esta forma de pensar pertenece a un nivel demasiado simple de la experiencia religiosa, aunque está presente en algunos pasajes bíblicos como contexto de la experiencia de las personas que allí actúan. El caso más clásico es el relato de Job, en el cual Dios autoriza a Satán para que tiente al justo Job a fin de medir su fidelidad, para ver hasta dónde aguanta (cf. *Job* 1-2).

Si bien es cierto que debemos dejar de lado esta imagen simplista de las cosas, hay una realidad profunda, muy verdadera, que está relacionada con esta temática y que a veces se confunde con ella. Se trata del tema de las “pruebas” que Dios nos da. Es esta una expresión que debemos entender cuidadosamente, en su auténtico sentido.

### **El Señor nos educa para la libertad**

Ante todo tenemos que señalar que Dios nos ha creado libres, no esclavos, porque espera de nosotros una respuesta de amor. Y la respuesta de amor sólo es posible en una persona libre. El amor no puede ser una respuesta mecánicamente condicionada a ciertos presupuestos. Pero la libertad que Dios nos ha dado implica también un riesgo: que en vez de darle una respuesta de amor le respondamos con la búsqueda egoísta de nosotros mismos. El Señor, que nos ha regalado el ser hijos suyos en libertad, nunca nos priva de su don, ni quiere hacernos renegar de él. Por el contrario, Dios es como un padre que nos va educando en el recto uso de nuestra libertad. Como

nos quiere cada vez más libres, y por lo mismo cada vez más capaces de amar, nos va ayudando y enseñando a crecer en la capacidad de orientar personalmente nuestra vida de acuerdo a un sentido, a una auténtica meta. Que eso es la libertad.

Y en este camino de enseñarnos la libertad, el Señor nos exige, nos pone a prueba. Nos exige en el sentido de pedirnos una respuesta de calidad, que aproveche al máximo todas las capacidades de que disponemos en este momento. Para aprender de verdad, necesitamos que nos exijan, nos corrijan, que en un cierto sentido nos controlen. El Señor nos enseña el camino de la libertad de este modo. No nos deja flojear, no nos permite respuestas a medias, respuestas insuficientes respecto de lo que son nuestras reales capacidades. Y que nos exija de este modo no es signo de la maldad de Dios, sino por el contrario, de su amor y bondad para con nosotros.

Pero el tema de las pruebas de Dios alcanza su dimensión más interesante cuando pensamos que muchas veces ellas son como remezones para que despertemos de nuestro adormecimiento, incluso puede ser que de nuestra lejanía de Dios, y demos una mejor respuesta al Señor. Dios, que nos ama como un padre, no puede resignarse pasivamente a ver de qué forma nos vamos alejando del buen camino, dejándonos simplemente que sigamos nuestros deseos del momento. Por el contrario, viene a nuestro encuentro para invitarnos a cambiar de comportamiento. Nos “llama la atención”, nos reprende para estimularnos a tomar conciencia del real sentido de aquello que estamos haciendo. Nos alerta frente al peligro inminente, y nos invita a un cambio.

Son muchos los pasajes bíblicos en los cuales se pone de manifiesto esta particular pedagogía de Dios, que por amor a sus creaturas las pone en cuestión para llamarlas a un cambio de actitud. Entre muchos pasajes bíblicos destacan *Hebreos* 12,5-13 y *Deuteronomio* 8,5-6. De este modo se puede llegar a una suerte de refrán que recorre toda la Biblia, y que *Apocalipsis* 3,19 recoge poniendo en boca de Dios mismo la expresión “Yo a los que amo, los reprendo y corrijo”.

### **Persecución y ocultamiento de Dios**

Hay otra forma de prueba que, según el dicho y la experiencia de Jesús, es ineludible para el creyente verdadero. Se trata de la contradicción, del rechazo, de la persecución. La auténtica vida cristiana no se desarrolla nunca entre aplausos y felicitaciones de todos. La palabra de Dios en muchos aspectos contradice nuestras motivaciones humanas y tiene siempre dimensiones de crítica a nuestra vida concreta. Por eso mismo la Palabra de Dios, cuando es escuchada con verdad, siempre “molesta”. Y en algunos casos produce rechazo. Y no es raro que el rechazo se exprese en ataques contra el creyente que anuncia el evangelio de Dios. Esto ya lo percibió el Antiguo Testamento (por ejemplo, *Sabiduría* 2,10-20) y Jesús lo expresó claramente en las bienaventuranzas (*Lucas* 6,22-23.26). Los discípulos de Jesús entendieron que este era uno de los rasgos esenciales del verdadero apóstol (ver, entre otros textos, *Hechos* 14,22). La persecución tiene también un fruto especial, que consiste en purificar a la comunidad cristiana y a cada creyente de todo lo accesorio y superficial, ayudándole a centrarse sólo en Dios. A centrarse en lo único realmente esencial y duradero.

Pero es difícil mantenerse firme en los momentos de rechazo y de contradicción. Por eso, le pedimos a Dios, por nosotros mismos y por los demás, que nos mantenga firmes en estos momentos. Esta petición la formula de manera ejemplar la primera carta de San Pedro, en textos que sirven mucho para dar ánimo en los momentos de tribulación por Cristo (*1 Pedro* 3,13-17; 4,12-19).

En algunos momentos se hace presente una forma muy especial de prueba, que consiste en el ocultamiento sensible de Dios. El Señor por momentos se oculta de quien lo busca, no en un afán de no dejarse encontrar, sino en orden a estimular la búsqueda. Hay una cierta ley humana que hace que aquello que nos resulta fácilmente accesible, que se entrega totalmente al primer acercamiento, en definitiva resulta poco atrayente. Pero en cambio, aquello que tenemos que buscar con afán, que necesitamos esforzarnos duramente por conseguirlo, en definitiva resulta mucho más atrayente. Por eso mismo, el Señor se nos esconde, para que lo busquemos con mayor pasión. Pero por momentos este proceso resulta muy doloroso.

Para concluir, cabe señalar que Jesús mismo fue sometido a la prueba. Nos lo señala expresamente el pasaje de las tentaciones de Jesús (*Mateo* 4,1-11). El impresionante episodio de la oración de Jesús en el huerto de los olivos, lugar en el cual comenzó a sentir pavor y angustia, nos muestra la hondura de la prueba a la cual fue sometido Jesús (*Marcos* 14,23-42). Pero es en este mismo episodio donde se sitúa la más profunda expresión de confianza en Dios como Padre: “Y decía: ¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti...” (*Marcos* 14,36). La carta a los Hebreos, que tan hondamente meditó en el misterio de Jesús, señala que Jesús fue sometido a la prueba al igual que nosotros, a fin de poder ayudar efectivamente a todos los que son sometidos a la prueba (cf. *Hebreos* 2,10-18; 4,14-16; 5,5-10).

En definitiva, esta temática nos pone una vez más frente al misterio de Dios, que va más allá de nuestras capacidades de explicarnos claramente las cosas. Pero a la vez nos desafía a meditar en la pedagogía de Dios, que no se basa en el temor ni en el castigo, pero que no nos ahorra los momentos de dolor, ni tampoco deja de someternos a duras pruebas cuando quiere hacernos crecer en nuestra capacidad de amar.